

E-39
BORT

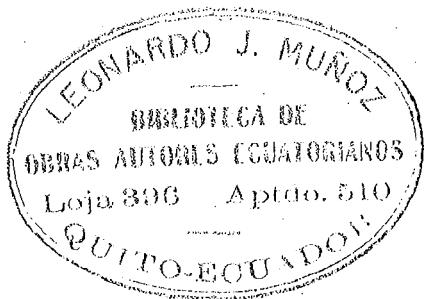
CHAGROFILO

TIPOS NACIONALES

EL CHAGRA-ESTUDIANTE

SEGUNDA EDICION

Por Dr. Luis F. Borja.



IMPRESO POR R. JACOME T.
QUITO-1932

**Derechos exclusivos de
propiedad de los editores.
Reproducción prohibida.**

Prólogo de la Segunda Edición

En el año de 1926 unos cuantos estudiantes, que lo que menos hacían era estudiar, como ahora sucede con sus congéneres, promovieron escándalos que, así como fueron manifestaciones de incultura y audacia, provocaron la indignación de todas las personas sensatas, de todas las que reprueban la degeneración a que han llegado ciertos planteles de enseñanza, del espíritu levantisco de alumnos que nunca leen un libro, de profesores que de tales no tienen sino el nombre, de rectores que se distinguen por la punible debilidad.

*En la época en que nos referimos cierto compatriota nuestro, que conoce al dedillo las faltas y las sobras de los bochincheros estudiantiles, quiso castigarles retratándoles de cuerpo entero. Escribió el opúsculo titulado **El Chagra-Estudiante**, que fue leído con regocijo y agotado en menos de lo que canta un gallo.*

*Como la historia es la repetición de los mismos hechos, sean grandiosos o ridículos, hemos vuelto a presenciar los escándalos que motivaron la publicación del **Chagra-Estudiante**; y a petición de muchas personas de buen gusto, amigas de las palizas literarias, hemos hecho una segunda edición del **Chagra-Estudiante**, dicha la verdad, sin la aquiescencia de quien trazó el retrato del tipo que ha llegado a ser popular, como lo fue el **Chagra-Jefe** pintado por Montalvo.*

*A nuestros lectores le daremos una buena noticia. Por instancia nuestra, el autor del **Chagra-Estudiante** nos ha ofrecido el retrato del **Chagra-Comunista**, tan interesante como su hermano de leche, o quizá sucesor suyo. Del chagra-estudiante al chagra-comunista no hay un abismo, sino que entre los dos se complementan, y parodiando la frase célebre podemos decir que un chagra más es un alivio menos, o un chagra menos es un consuelo más.*

Quito, Mayo de 1932.

Los Editores.

El Chagra-Estudiante

I

Don Juan Montalvo trazó en las Catilinarías el retrato del chagra-jefe, en términos tales, con tal maestría, que entre sonrisas, aplauso y admiración, es considerado como joya de la literatura castellana.

Sin títulos de ninguna clase, sin la gallarda pluma del Cervantes americano, sin pretender alzarnos a mayores ni hacer otra cosa que borrar lo que se nos viene al magín, pleno derecho tenemos para retratar al chagra-estudiante o al estudiante-chagra que nunca pudo dejar el pelo de la dehesa, ni lo dejará en jamás de los jamases.

El chagra-estudiante no es oriundo de ninguna capital de provincia, ni siquiera de un cantón de primera clase. Nació en cantón de tercera o cuarta fila, y muchas veces en desgraciada y apartadísima parroquia rural, sin caminos, sin comunicación de ningún género, sin nada que le diera a conocer el mundo material, sin luces intelectuales que iluminaran el estrecho recinto donde se debate bajo la espesa capa de la ignorancia, capa mugrienta, capa agujereada como la de pordiosero, capa grotesca que más bien debiera llamarse *capacho*.

Los padres del chagra-estudiante son bonísimas personas. En su aldea tienen pequeño pegujal que no avanza a más de veinte cuadras. Lo trabajan personalmente ayudados por humildes indios a quienes no dan otro tratamiento que verdugos y mitayos. Cultivan, con arados prehistóricos, sementeras de maíz, de cebada, y, en el páramo, quínuas, ocas y otros suculentos manjares.

En el pueblo, envuelto casi siempre en bruma gris, en niebla espesa, el padre del chagra-estudiante tiene casa de teja en la Calle Real. La casa es la de siempre en las aldeas perdidas entre las quiebras de los Andes. Un corredor que sirve de salón de recibo, adornado con dos o tres calaveras de venados. La guitarra pendiente de una de las paredes, recuerdo de varias generaciones que tañeron el Amor fino y el Alza que te han visto.

A los lados del salón hay dos cuartitos *faltriqueros*, que sirven para dormitorio de la familia, para troje, para refugio de las gallinas y otras aves de corral perseguidas en las noches por los zorros; para comedor, para componer las jáquimas y arreglar las monturas, para preparar los ungüentos con que han de curarse las mataduras de las mulas, para rezar el rosario y para otras prácticas devotas.

En este poético recinto nació el chagra-estudiante. Allí creció, allí tiene a los autores de sus días, allí debiera morir como murieron sus antepasados; pero el hombre propone y Dios dispone. El hombre propone y se interponen las circunstancias, hasta convertir en trastornador del orden público al que nació para remendador de albardas.

II

Nada más tranquilo que la vida del futuro chagra-estudiante. Va a la escuela, cuando se le han caído los primeros dientes, con el silabario y el catón cristiano dentro de una bolsa de liencillo.

En la escuela no hay bancas y descansa en el suelo sobre el poncho chiricatana, al que ha dado diez o doce dobleces para que al sentarse no se le hieran las partes más delicadas de su cuerpo.

Vivaracho, hasta cierto punto astuto, jugando al pares o nones se queda con casi todas las golosinas de sus compañeros, las colaciones de maíz tostado con ligera capa de *raspadura*.

Para las prácticas religiosas es un gerifalte. Ayuda a misa sin otro interés que tomarse el vino que sobra en las vinas. Sirve de decurión para la enseñanza del catecismo y como único honorario se contenta con un puñado de pan ben-

dito. Todas las tardes lleva *chamisas* a la casa del señor cura y todas las noches da la voz en las letanías para que la familia, admirada y enternecida, conteste *Ora pro nobis*.

Y va creciendo el fururo estudiante de Facultad Mayor, como le llama el señor cura. Los pantalones de chamelote le van quedando altos y dejan entrever más de un jeme de las piernas cobrizas, huérfanas *a nativitate* de calcetines.

El señor cura aconseja a los padres del muchacho que le matriculen en el Colegio de la capital de la provincia. Y allá se va el pobre con su sombrero de tres sueres cuarenta, con terno de casinete, con zapatos de baqueta amarilla que de trecho en trecho tiene troneras para los callos.

En el Colegio la vida se desliza apacible, tranquila, sin otras contrariedades que las pullas y bromas un tanto pesadas con que le mortifican los muchachos de buena familia. El chagrito las soporta con paciencia, aunque en su corazón va fermentando cierto rencor contra los que ocupan más elevada posición social, contra los que tienen vestidos de casimir extranjero y se dan el lujo de gastar cada domingo una peseta en golosinas.

Por mal y mal cabo le tenemos ya de bachiller, y surgen discusiones acaloradas entre el padre y la madre del graduado: porque el uno opina que debe ir a trabajar el pegujal y la otra que debe trasladarse a la Capital de la República para obtener el título de médico o abogado y ser el orgullo de la familia.

Prevalece la opinión de la madre; porque le convence al eterno compañero de sus días que el hijo no debe ser menos que los vástagos de la comadre Tadea, uno de los cuales acaba de llegar de Quito con *buche* reluciente como el sol, con dos expedientes debajo del brazo, con prendedor de concha de perla que brilla en la corbata de terciopelo morado.

III

El señor cura resolvió la compleja situación: con dulzura, con argumentos incontrovertibles convenció a los campesinos de que el hijo de ellos debía ir a la Universidad, y aún les ofreció, como lo cumplió en efecto, darles carta de recomendación para una hermana suya que tenía magnífica fonda que era

el refugio de los estudiantes de menguados recursos, y que por sus amistades podía colocarle en envidiable posición.

Partió, pues, nuestro chagrino a la Capital, no en tren, al que tenían pavor, porque había oído que se descarrilaba, parándose en dos pies, cada vez que desde lejos veía un automóvil. Se fué en la yegüita chuga de paso llano, con poncho de llamingo, y por previsión, con funda de cuero y encauchado que arrastraba como cauda.

A la fonda se ha dicho. Allí se encuentra con un paisano, antiguo conocido suyo, que le llevó a la Universidad, que le presentó al Prosecretario, ante quien temblaba como si estuviese con el mismo diablo. Se matriculó sin mayores dificultades y quiso adoptar resueltamente la carrera de las leyes, porque le pareció la más adecuada para defender el pegujal de sus padres, engolfados en terribles litigios con un vecino suyo que había ensanchado el óvalo destinado a conducir las aguas para el regadío de la parte alta.

¡Cómo sufrió el futuro Papiniano al penetrar en los pasillos de la histórica Universidad! Buen cuidado tuvo de no pasar por el gabinete de física, al que le tenía pánico, porque allá en su pueblo oyó que en ese tétrico recinto había leones y tigres que, aunque embalsamados, tenían garras formidables que lastimaban al cristiano, y lo que es peor, que allí había botijas con microbios de la tifoidea, de la coscoja y del arestín.

Llegó el momento terrible, el tan temido por el chagra-estudiante, cuando debía asistir a la primera clase de Código Civil que dictaba un profesor austero, temido por los estudiantes, así por la severidad como por su agudeza epigramática; pero querido por ellos como si fuese un padre provecito, porque comprendían que sus actos de rigor conducían a mantener la disciplina y al mejor provecho de los alumnos.

El profesor, siguiendo prácticas tradicionales, al comenzar el nuevo curso formaba una lista con el nombre, apellido, residencia de cada uno de los alumnos, quienes en alta voz debían suministrar, desde sus respectivos asientos, todos los datos exigidos por el maestro.

Entre éste y el neófito alumno, nuestro chagra-estudiante, se entabló el siguiente diálogo, inolvidable en los anales de la Universidad. En los anales digo, no en los asnales, como hace algunos años fue calificada la revista que publicaba el primer plantel de enseñanza superior:

—¿Cuál es el nombre de usted?

—Mi gracia es Albino.

—No pregunto las gracias de usted sino su nombre.

—Me llamo Albino.

—¿Albino, dice, y cuál es su apellido?

—Rubiángüez.

—¿Con que usted es Albino Rubiángüez? ¿Y de dónde es usted?

—De Yuragunga.

—¡Eso más!.....

El contraste entre los nombres del futuro Papiniano, y la color de éste, no tan albina que digamos; la sorpresa del profesor y la entonación de voz del tal Albino, dejaron percibir cierto murmullo de risas comprimidas, en medio de la clase en donde había más silencio que en un templo y en donde podía escucharse el aleteo de una mosca.

Esta escena influyó también en lo porvenir del neófito, que dentro del alma sintió profundo rencor contra el sabio catedrático y lo hizo extensivo a todos los que, por méritos propios, encanecidos en la enseñanza, debiéndolo todo a su propio valer, llenaban de sabiduría y de prestigio la vieja, la colonial, la famosa Universidad de Santo Tomás de Aquino.

IV

El estudiante-chagra, más muerto que vivo, sintiendo el escozor de la burla fue a recibir su diaria refección en la fonda de la hermana del señor cura de su pueblo, allá en San Roque, no lejos de la quebrada de Jerusalén y de la Capilla del Robo.

La fonda de la señora Amelia no era modelo de lujo y distinción. Nuestro chagra-estudiante comía en mesa apollillada, sin mantel, con cubiertos de mango de hueso fabricados en el Panóptico, que le servían sin solución de continuidad desde el infaltable runaicho hasta el café de tusa.

Sólo al llegar a la carne, negra como el ala de un cuervo y dura como la pelota de caucho, el chagra estudiante dejaba a un lado los terribles instrumentos y cogiéndola a dos manos daba cuenta de ella en un santiamén.

El refrigerio terminaba siempre con una botella de chicha dulce, botella de a litro, limeta como él la llamaba, cuyo contenido, como se lo habían advertido sus padres, era magnífico para desarrollar el entendimiento, y no como esa bebida amarga de cebada y chuquiragua, llamada cerveza, que tomaban las gentes corrompidas.

Hay que ser justos. El primer trimestre el chagra-estudiante pagó con toda puntualidad la pensión, y la pagó hasta con gratitud, porque de vez en cuando la señora Amelia le daba de adehala melcochas de raspadura, un buen porqué de barahona y hasta cerca de la media pierna de un cuy.

Pero los compromisos sociales del chagra-estudiante le pusieron en caso de menos valer, y olvidando los deberes de la gratitud, por atender a esos compromisos, dejó de pagar la última pensión, se llevó el cubierto de hueso y una escudilla de fierro enlozado..... y que le busquen en Ginebra.

Inquietado por un paisano suyo que le condujo a ver las vistas, como llamaba el cinematógrafo, sintiendo los estertores del remordimiento, fue a empeñar en una lejana *contaduría* de la Tola los cachivaches adquiridos con tanta facilidad, pero con tan poca honradez.

V

En las vistas vió, con pleonasmó y todo, que no todos vestían tan pobremente como él, que mozos guapos y gallardos usaban jaquet, pantalón de fantasía, chalecos de color, corbatas abigarradas, zapatos amarillos, botainas y otras cosillas que admiraba en los estudiantes acomodados de la Capital.

Y resolvió no ser menos que ellos; pero sí, como dice Montalvo, en la primera de las Catilnarias, el chagra-jefe combina mal las piezas de su vestido, malísima es la combinación que por lo general hacen los chagras-estudiantes y pésima la que se le ocurrió al de esta verídica historia.

Con un sastrecillo de barrio mandó hacerse jaquet de casimir a cuadros, y aquí y allí fue comprando las piezas restantes de vestir: chaleco de terciopelo verde, pantalón de colores vivos, botainas que parecían patos tiernos, corbata de mariposas y con corazones dorados. Los zapatos, dicha sea la verdad, fueron comprados, previo entusiasta regateo, en las Cuatro Esquinas, advirtiéndole eso sí a la vendedora que tuviera rechín que se oyese a media cuadra de distancia, porque para él nada más elegante y de buen tono que el rechín.

No sé por qué el chagra-estudiante es tan inclinado al terciopelo. De terciopelo es el sombrero de color de guaba de Tumbaco, de terciopelo el chaleco abierto hasta el ombligo, de terciopelo la corbata que sacudida por el viento parece el pabellón nacional que flamea en lo más alto del Palacio de Gobierno.

Ponedle en sus manos una varita, a guisa de bastón, que gira rápidamente entre los dedos como aspas de molino. Ponedle en los labios un cigarro que mastica despacio para que no se acabe y al que ha adherido un arco de papel con la marca de más fama, recogida, cuando nadie le ve, en el Parque de la Independencia. Colocadle en lo más visible del jaquet un solo guante de un par comprado a medias con uno de sus paisanos. Contempladle tosiendo a las chullas que van como dependientes al almacén de cualquier turco; y allí tenéis al chagra-estudiante hecho y derecho.

En lo exterior ha cambiado su ropaje con el buen gusto que acabamos de ver; pero por dentro sigue siendo lo mismo: calzoncillos de zaraza a cuadros multicolores, que no guardan correspondencia con los de la camiseta, y en vez de tirantes, ancha faja de cuero con tendencia invencible a cincha; ligas tejidas a mano por los indios de Cotacachi, porque las de caucho no se hicieron para él, puesto que su madre le inculcó que eran mortales para el ligado.

Naturalmente, la indumentaria exterior del chagra-estudiante les cuesta a sus pobres padres un ojo de la cara. Les comunicó que para el estudio del Código Civil el profesor había exigido, como texto, un diccionario enciclopédico, en francés, que constaba de catorce tomos ni uno menos, amén de otros libros voluminosos; caja de matemáticas, telescopio y máquina de fotografía.

Todo se lo creyeron los inocentes campesinos, y vendiendo un par de *cabrestillos*, empeñando unas pailas de bronce,

hipotecando el pegujal, malbaratándolo todo, le remitían mesadas de cincuenta y sesenta pesos.

El chagra-estudiante invierte en el cine y en su elegante ropa el producto de los ahorros acumulados por sus antecesores durante varias generaciones; pero los padres dan por bien empleados todos sus sacrificios, porque tienen noticias de que su hijo, según él les comunica, causa asombro por la ciencia y porque saben además, por referencias de un compadre, que se viste con primor y tiene amistad íntima con las familias más pudientes de la Capital.

Esto no obsta para que el chagra-estudiante siga comiendo en mesa sin mantel, petardeando a otra pobre cualquiera señora Amelia, naturalmente en algún barrio situado en la otra extremidad. Terminada la comida de runaicho y café de tusa, vuela a la portada del Hotel Metropolitano y con mondadientes en la boca se deja estar una buena pieza para que crean los transeúntes, y sobre todo sus conocidos, que es abonado en el mejor hotel de la ciudad.

VI

En el fondo de su alma, el chagra-estudiante sigue siendo creyente. Va a misa de siete a la Capilla del Robo para que no le vean sus amigos, y allí mismo cumple el precepto pascual entre una turbamulta de viejas devotas y de artesanos de la cofradía de San José. Sin este requisito, que debe comprobarlo con la papeleta de confesión mandada por el señor cura, se le suspendería la mesada, y ¡adiós cine, adiós botainas de color de patito, adiós sombrero de terciopelo!

Las ideas modernas, como él dice, van infiltrándose poco a poco en el corazón del chagra-estudiante. Olvida las prácticas devotas, y al principio con timidez y luego con desenfado, toma parte en las discusiones de varios de sus compañeros, se burla del Papa, raja contra los profesores retrógrados, se inscribe en un centro socialista y quiere colocarse a la altura de los más avanzados de ideas, según la jerga que emplean sus compañeros.

Por desgracia nada sabe de estas cosas; pero quiere saberlas, y por indicación de un paisano va a buscar en una librería de viejo, perteneciente a un tal Rapa-pelotas, buenos diccio-

narios de malas palabras, las obras de Tolstuá y Samacuá, que según sus informes están llenos de herejías y pueden hacerle quedar bien ante sus compinches más ilustrados.

¿Qué es eso de Tolstuá y Salmacuá? Esto merece explicación. Por dárseles de erudito, empezó a citar a Volte-aire y a Ruceó, y algún compasivo le enseñó como se pronunciaba los nombres franceses Voltaire y Rousseau. Desde entonces empezó a afrancesar a todo escritor que llegaba a sus oídos, y Tolts-toy fue Tolstuá y Zamacois fue Zamaçuá. Por poco no afrancesa también al librero Rapa-peletas,

A medida que avanza el tiempo, el chagra-estudiante va volviéndose leído y escrito, penetra con desenfado en el campo de la literatura, publica versos en revistas de ocasión, escribe en ellas artículos modernistas, con ideología por aquí y hegemónía por allá, cristalización por acullá y con otros vocablos esmeradamente seleccionados de cualquier escritorzuelo de ultramar, de cualquier Vargas Vila de segunda mesa, desacreditados y ridiculizados en todos los pueblos donde se habla la lengua castellana.

Todo se lo perdonaríamos al chagra-estudiante: los alardes de socialismo, las ideas tan avanzadas como mal comprendidas y peor expresadas; la jerga que emplea, los términos enrevesados con que destroza la lengua de Cervantes y Montalvo; pero no podemos perdonarle los versos, llamémoslos así, incongruentes, sin sentido, remedo grotesco, y muchas veces plagio, de decadentes y modernistas de escalera abajo.

No es raro que el chagra-estudiante perpetre estrofas como esta:

Nevaba la nieve como si nevara
lágrimas de sangre de color violeta
y era en el otoño de la primavera
entre los Trianones de glauca Lutecia.

Cierto que aún las personas de mediano buen gusto se burlan de semejantes disparatorios; pero contribuyen a difundir el mal gusto, sobre todo porque entre el chagra-estudiante y sus congéneres se forman sociedades de elogios mutuos, para calificarse de genios, porta-liras, bardos exquisitos, innovadores de lo vetusto, iconoclastas que derriban ídolos arcaicos.

Y como complemento de la literatura, o más bien como base de ella, el chagra-estudiante tira por el camino de los paraísos artificiales, como llama el uso de drogas nocivas que miran el organismo físico y conducen a la degeneración, cuando allá en su pueblo sus antepasados apaleaban a la ashcumicuna en infusión, a la huasilla y, en casos excepcionales, al té en dosis moderadas, casi por gotas, por temor a las conmociones cerebrales.

VII

Ya es literato el chagra-estudiante y quiere también figurar en la política; porque sus ideas avanzadas le dan derecho para ello, y sobre todo para conseguir algún empleillo de última cuantía que acreciente la mesada que le envían sus padres, pues resulta insuficiente para las necesidades que se ha creado, para los corsos de flores, para las drogas nocivas, para las botainas color de patito.

Se afilia a cualquier club electoral (o *club* como decía en su pueblo), para cooperar al triunfo de tal o cual candidatura, con tal que sea la oficial, la que ha de triunfar, seguramente merced a las malas artes del fraude, la falsificación, la multiplicación de votos.

Y para esas malas artes el chagra-estudiante resulta como mandado hacer exprofeso. Suplanta firmas que es un contento, en medio de risotadas arroja puñados de votos en las urnas electorales, sufraga por todos los fieles difuntos y, naturalmente, como recompensa por sus habilidades, asciende en la escala administrativa, consigue empleo mejor y está en un tris de ser diputado, a pesar de sus pocos años y menguadas luces. Por poco no resulta padre de la Patria el que debiera ser hijo de familia.

Cuando hay motines, mentines como él dice, arenga a las muchedumbres, ofrece levantarse como un solo hombre y derramar la última gota de su sangre, escudado eso sí por pelotones de caballería que sable en mano le defienden.

Las víctimas predilectas de su inconsciente encono son los profesores proyectos de planteles de enseñanza, los que le dejaron turulato con indiscretas preguntas en la clase, los que le pusieron negras en los exámenes, esas negras que equivalen a la peor de las votaciones; los que forman contraste con otros

antiguos estudiantes-chagras. iguales a él que por arte de birli-birloque llegaron a ser profesores, de esos que se tutean con los chagras, de esos que al iniciar las clases comienzan por decir que son sólo compañeros de estudio de los alumnos, de esos que en amigable consorcio le acompañan en diversiones de arroz quebrado en la Casa Amarilla u otro establecimiento *ejusdem furfuris*.

Pero el chagra-estudiante, tan inofensivo cuando llegó a la Capital, tan piadoso y creyente, tan respetuoso de las personas mayores, a quienes saludaba sin siquiera conocerlas, se vuelve demagogo de sesenta caballos de fuerza, jacobino que no teme ni a Dios ni al Diablo, agitador de primer orden, que con el refuerzo de otros tantos como él, da escándalos que conmueven a la ciudad entera, pone en peligro la tranquilidad pública, organiza bochinches en los planteles de enseñanza, escarnea las creencias de todo un pueblo.

Alentado con los fáciles triunfos, se vuelve orgulloso y petulante. Empieza a tratar de chagras a los nativos de las capitales de provincia, de cantones florecientes, y aún de los de la Capital de la República. Y hasta cierto punto tiene razón, porque el chagra, como las siemprevivas que brotan en los tejados, brota también en todas las latitudes, en todos los climas, en todas las poblaciones, desde la mísera aldea perdida entre los páramos, hasta la urbe, o *ubre* como dice el chagra-estudiante, donde tienen asiento los más altos poderes del Estado.

Hay chagras quiteños, chagras legítimos, chagras de pura sangre, ultra-chagras, chagras elevados a la tercera potencia que han nacido y se han criado en el centro mismo de la Capital, o en la Chilena, la Loma Grande, en los declives de la colina de San Juan, en la Tola, en la Guaragua, en Churretas, en Guangacalle, en la Ronda, y a veces bautizados en la Capi-lla Mayor,

Y el chagra quiteño, es quizá el peor de los chagras. Sólo una asamblea podría resolver el problema de cuál es más detestable si el chagra urbano o el chagra rural, si el chagra que vió la luz primera en Yurageunga o el que, nieto de mayordomos o de zapateros remendones, vino al mundo en la antigua Capital del Inca.

Chagra campesino, chagra quiteño allá se va a dar. Ambos sin más títulos que la audacia, alentados por la tolerancia de la sociedad, amparados por gobiernos débiles, enarbolan la bandera del desorden, olvidan su mísero origen, y proclaman-

do doctrinas que son incapaces de comprender, se convierten en agitadores perversos, en permanente obstáculo para la vida normal de un pueblo, en voceros de doctrinas disolventes cuyo fundamento nunca estudiaron, cuyo alcance es para ellos un enigma.

Dejad al chagra-estudiante que siga en su perniciosa labor, y ese personaje que inspira sólo sonrisa, que tanto nos entretiene y nos divierte, llegará a ser, a pesar de su insignificancia, el arma ponzoñosa, que al desgarrar el corazón de la Patria, la conduzca al sepulcro en medio de las lágrimas del pueblo ecuatoriano, en medio del desdén o la mueca despectiva de las naciones extranjeras.

1926

Dr. Luis B. Borrero

Hace la autenticación al
chagrófilo del Dr. Borrero
"Realidad" (pág. 2)